

Mito. Literatura. Comunidad

Daniel Alvaro *

Universidad de Buenos Aires —

CONICET — PARIS 8

Resumen

Tomando como punto de partida un texto de Jean-Luc Nancy titulado “Le communisme littéraire”, en este trabajo se analiza el sentido que las ideas de mito, literatura y comunidad parecen destinadas a evocar en el interior de nuestra cultura, al tiempo que se examinan sus múltiples vinculaciones. En particular, se intenta mostrar hasta qué punto otra comprensión de estas ideas y de su articulación en el mundo contemporáneo permanece ligada a lo que Marx, o al menos un cierto Marx, y varias generaciones de marxistas, comunistas y escritores, nos han legado sobre una exigencia política irreprimitible y, por lo demás, aún vigente.

34 35

Palabras clave:

· mito · literatura · escritura · comunidad · comunismo

Abstract

From a reading of “Le communisme littéraire” by Jean-Luc Nancy, this work analyses both the sense that myth, literature and community ideas seem to be destined to evoke within our culture and their multiple relationships. In particular, the aim is to show up to what point another understanding of these ideas and of their articulations in the contemporary world remains linked to what Marx, or at least one Marx, and several generations of Marxists, communists and writers have passed on to us about an unrestrained and still valid political demand.

Key words:

· myth · literature · writing · community · communism

* Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Master en Filosofía por la Universidad Paris 8. Es becario del CONICET y realiza un doctorado en co-tutela de tesis entre la UBA y Paris 8. Es profesor de la materia “Teoría Estética y Teoría Política”, perteneciente a la carrera de Sociología de la UBA. Asimismo, desarrolla actividades docentes y dicta cursos de perfeccionamiento en otras universidades nacionales. Ha publicado artículos y ensayos en revistas nacionales y extranjeras. Recientemente se han publicado algunas traducciones de su autoría.

Al comienzo de un libro de Georges Bataille *hoy apenas* recordado leemos la frase siguiente: “La literatura no puede asumir la tarea de ordenar la necesidad colectiva” (20). Casi treinta años después de haber sido escrita, la misma frase pero colocada en exergo a un texto de Jean-Luc Nancy titulado “Le communisme littéraire”,¹ invita a reflexionar sobre las experiencias recientes de lo que en parte por fidelidad, en parte por costumbre, continuamos llamando “literatura” y “comunidad”. El problema que por entonces planteaba Bataille se puede resumir de la siguiente manera: siendo la literatura “como la transgresión de la ley moral, un peligro”, “inorgánica” y por tanto “irresponsable”, siendo que nada “descansa sobre ella” al tiempo que ella “puede decir todo”, siendo así, pues, y no de otro modo, la literatura no puede convertirse en el fundamento, el orden o la ley de una comunidad dada. Sin embargo, o quizás por eso mismo, más recientemente se creyó necesario pensar en qué consistiría una comunidad de la que se hace la experiencia a partir y por medio de su literatura. A grandes rasgos, esta es la pregunta que formula Nancy en el texto mencionado. Pregunta que aquí deseamos retomar aunque más no sea para precisar el alcance de los términos allí involucrados y, al mismo tiempo, para relanzar una cuestión que lejos de haberse agotado parece estar siempre llegando: la cuestión de la exigencia comunista y su vínculo con la literatura.

Entre la literatura y la comunidad, entre las ideas que habitualmente nos hacemos de la una y de la otra, persiste el mito. Basta evocar esos nombres gastados por el tiempo y por el uso para suscitar de inmediato entre quienes escuchan o leen una serie interminable de figuras y representaciones míticas. De la literatura se ha predicado una y otra vez la ajustada relación que mantiene con el mito. Ya en la Antigüedad, en una escena inaugural de la historia de la filosofía, Platón emparentó el *mythos* —“habla” dudosa que se opone al *logos*— con la literatura y la escritura en general. Desde entonces, se identifica el mito con el origen de la literatura, haciendo de ésta la descendiente y sucesora de aquél. De la comunidad, por su parte, parece que sólo conociéramos las explicaciones míticas, es decir, los mitos de su origen o de su destinación, ya sean las heroicas epopeyas fundadoras, siempre construidas a la medida de la memoria de los pueblos, ya sean las proclamas con vistas a una comunidad jurada cuyos principios armonizan de antemano con la naturaleza de aquellos que se realizan realizándola.

Para introducir la cuestión que aquí nos importa, eso que Jean-Luc Nancy invitó a pensar bajo el nombre de “comunismo literario” o “experiencia literaria de la comunidad”, quisiera comenzar llamando la atención sobre una circunstancia bien conocida, a saber, que ningún mito y ninguna mitología en general prospera fuera de una comunidad; sólo en ella y para ella el mito se inventa y se transmite, del mismo modo que ninguna comunidad sabría dar cuenta de sí misma sin su correspondiente mito fundacional. Lo que equivale a decir (quizás a riesgo de simplificar demasiado las cosas) que no hay comunidad sin mito, ni mito sin comunidad. El vínculo que se establece entre ambos va más allá de una relación de concomitancia y mutuo condicionamiento. Más justo sería decir, con Nancy,

que entre mito y comunidad existe una relación de co-pertenencia: “se engendran uno a otro, infinitamente e inmediatamente” (1986–1990b 92). Existe, en efecto, una reciprocidad tal entre mito y comunidad, entre la lógica interna que los define y fundamenta, que toda tentativa de emprender un análisis que los considere separadamente está llamada a fracasar.

El mito comunica el sentido o, si se prefiere, la verdad de la comunidad, pero precisamente este sentido o esta verdad que el mito viene a comunicar sería incommunicable de no existir una comunidad siempre ya disponible para distribuirlo entre sus miembros. El mito es la voz común o comunitaria, la “gran voz anónima” en situación de comunicar el sentido o la verdad común del llamado ser-común. En palabras de Nancy: “El mito es ante todo un habla plena, original, un habla fundadora y reveladora del ser íntimo de una comunidad” (1986–1990a 89). O también: “El mito es siempre mito de la comunidad, vale decir, es siempre mito de la comunión —voz única de muchos— capaz de inventar y de compartir el mito” (93).

36 37

Al hablar así, se habrá entendido, Nancy no hace más que describir dos viejas figuras de la cultura occidental. Aquí, el interés por el “mito” y la “comunidad” empieza por denunciar aquello que en estos motivos clásicos de nuestra cultura da muestras de continuar aprisionado en el discurso del mito, en el doble sentido de la palabra “mito”: fundación y ficción. Aunque tal vez “desmitologizar” no sea la palabra más adecuada ni ciertamente la más actual, describe bien la tarea concreta que supone pensar nuevas particiones y articulaciones entre ellos. Esta tarea, que se viene realizando de manera sostenida desde hace casi tres décadas e involucra a pensadores de distintas nacionalidades, está consagrada a reflexionar sobre el devenir de la existencia en común, esto es, sobre las posibilidades de una comunidad en una época que desconfía con buenas razones de aquello que el nombre de “comunidad” habilita y vehiculiza. Como indica Nancy al comienzo de *La comunidad inoperante* —texto que podemos considerar como el puntapié inicial de este ejercicio colectivo de reflexión—, el hecho de que el exterminio masivo perpetrado por los nazis haya sido llevado a cabo en nombre de la comunidad, más concretamente en nombre de la llamada “comunidad del pueblo”,² es eso mismo que hoy ha vuelto imposible toda afirmación de la comunidad entendida como identidad, Estado o sujeto (13). Dicho de otro modo, para Nancy, la obra de muerte comunitaria es lo que “puso término a toda posibilidad de reposar sobre cualquier *dato* del ser común (...) incluso es lo que puso término a la posibilidad de pensar un *ser común* bajo cualquier modelo de un ‘ser’ en general” (13). Frente al ser-común y a su batería inagotable de identidades míticas y de mitos identificatorios vino a instalarse en el debate filosófico contemporáneo la pregunta o la cuestión del ser-en-común (*être-en-commun*).

Esta comunidad a la que siempre estamos llegando y de la cual todos hacemos la experiencia por el hecho mismo de que somos o estamos en común, por el hecho de que somos y estamos juntos y no de otra manera, es, de acuerdo a Nancy, la “comunidad del mito interrumpido”. Lo que sobre todo no quiere decir la comunidad desembarazada del mito —la comunidad es inescindible del mito y ya Bataille nos advierte sobre el riesgo de hacer de “la ausencia de mito” un nuevo mito—, sino algo muy diferente. Se trata de la comunidad cuyo mito se encuentra interrumpido por el propio mito. Es la voz del mito la que se interrumpe a sí misma para dar lugar a la voz singular-plural, a una proliferación de voces singulares y plurales. Puntualmente, lo que se interrumpe o se suspende de este modo es la voz

omnipotente y omnipresente, el relato único y anónimo del origen y destino de la comunidad entendida como ser-común. Se trata nada menos que de la interrupción de un proceso característico de la historia de Occidente que se podría describir como el requerimiento simultáneo de lo poético por lo político y de lo político por lo poético a instancias de la voluntad del poder del mito.³ En este sentido, lo que se ve interrumpido es tanto el propio mito como la voluntad de realizar lo que éste viene a escenificar: la comunidad completamente cerrada sobre sí misma, la comunión, la masa o la fusión. Esta escena, deseada y prometida tantas veces a lo largo de la historia, sirvió en épocas recientes para definir el fenómeno del totalitarismo y más específicamente lo que Nancy denominó “inmanentismo”; concepto empleado para caracterizar tanto los regímenes que hoy llamamos totalitarios (me refiero a los diversos fascismos, particularmente al nazismo, pero también a los “comunismos reales” o “de gestión”), como para caracterizar la forma general del individualismo liberal en sus variantes demócrata y republicana. Ambas formas estarían, pues, dominadas por la lógica de la inmanencia o de la absolutez, la cual concibe el ser individual (Individuo-Sujeto) o colectivo (Estado, Nación, Pueblo, Partido, Clase, Raza...) como ser “ab-soluto, perfectamente desprendido, distinto y clausurado, *sin relación*.” (23).

Como es sabido, todos estos regímenes políticos, cada uno a su modo y por cierto muy distintamente uno de otro, fabricaron y continúan fabricando su propia mitología sobre la base de una supuesta esencia (individual o colectiva) de la comunidad. Sin embargo, lo que ya sabía Bataille y luego vino a confirmar Nancy, Blanchot y desde entonces tantos otros, es que una constatación semejante no debe servir de coartada para acabar con todo pensamiento acerca de la comunidad. Por el contrario —se nos dice—, debe servir para reafirmar lo impensado de este pensamiento, aquello que en él necesariamente se sustrae a la lógica de la inmanencia y, por eso mismo, se nos presenta como un nuevo indicio para la búsqueda de otro sentido de lo político y de la política en general. En cierto modo, lo que se mantiene velado bajo el así llamado “comunismo literario” no sería ajeno a esta búsqueda.

Ahora bien, lo que queda una vez interrumpida la voz de “la comunidad absoluta” es la voz de “la comunidad del mito interrumpido”. Esta otra voz, ella misma interrumpida, es la voz del estar-en-común. Es el contagio, es el tacto o el contacto de los seres singulares unos con otros. Es lo que hace de ellos una pluralidad de seres expuestos a sí mismos y entre sí. Esta otra voz es muy precisamente lo que Nancy llama “literatura” (o “escritura”):

Se le ha dado un nombre a esta voz de la interrupción: la literatura (o la escritura, si se quiere tomar aquí las dos palabras en las acepciones en que se corresponden). Este nombre, sin duda, no conviene. Pero ningún nombre conviene aquí. El lugar o el momento de la interrupción no tiene conveniencia. Blanchot habla de “la única comunicación que desde ahora conviene y que pasa por la inconveniencia literaria”. La inconveniencia de la literatura es que no conviene al mito de la comunidad, ni a la comunidad del mito. (110)

Ciertamente, lo que Nancy pudo llamar “literatura” no se corresponde con los sentidos habituales de esta palabra. Con ella no se busca designar un arte particular ni un conjunto de obras determinadas. La literatura o bien la escritura —la yuxtaposición permanente de ambos términos por parte de Nancy es más que un gesto:

es una toma de partido—⁴ es la puesta en juego del ser o del estar en común. Puesta en juego, entonces, de la experiencia de estar *con* otros para lo mejor y para lo peor, o más sencillamente de la experiencia de estar *aquí, ahí o allí*, y por lo tanto de compartir un mundo. Que el “ser” *es* “en-común” o, lo que viene a ser lo mismo, que el “ser” *es* “con”, eso es precisamente lo que la literatura viene a inscribir, sin hacer de esta inscripción un nuevo mito. Nancy lo dice en reiteradas ocasiones: el estar-en-común no tiene mito ni puede tenerlo. “Mas, porque la interrupción del mito no representa un mito, el estar-en-común del que hablo (...) no tiene nada que ver ni con el mito de la comunión por la literatura, ni con aquel de la creación literaria por la comunidad” (112). En este sentido, la literatura es tan determinante para la comunidad como en otro registro de la misma cuestión lo habrá sido el mito. Sólo que aquélla, a diferencia de éste, no revela nada, o en todo caso revela solamente que no hay nada que revelar. La literatura no revela ningún secreto, sino apenas la evidencia común y compartida de que somos o estamos expuestos, de que ninguno de nosotros puede *ser o estar* más que siendo o estando expuesto al otro y a su exposición. En la justa medida en que la literatura, así entendida, afecta desde lo más hondo la estructura ontológica de la comunidad, es que Nancy puede incluso llegar a decir que el estar-en-común *es* literario:

38 39

Si se puede decir —o si al menos puede intentarse decir, con una plena conciencia de la inconveniencia— que el estar-en-común es literario, vale decir, si puede intentarse decir que posee su propio estar en la “literatura” (en la escritura, en una cierta voz, en una música singular, pero también en una pintura, en una danza, y en el ejercicio del pensamiento...), habrá que designar por “la literatura” este estar mismo, en sí mismo, vale decir esta cualidad ontológica singular del ser que lo da en común, que no lo reserva antes o después de la comunidad, como una esencia del hombre, de Dios o del Estado, que acabase la comunión que la realiza, sino que hace que este ser sólo pueda estar compartido *en común*, o, más bien, que su calidad de ser, su naturaleza y su estructura, sean el reparto (o la exposición). (112 113)

Por lo demás, lo que Nancy pudo llamar “literatura” también es obra. No obstante, habría que añadir de inmediato: obra inacabada. Obra que resiste infinitamente a la obra, a la lógica de la obra en tanto lógica de la producción y del acabamiento. Esta resistencia de la obra a su puesta en obra, es lo que mucho tiempo atrás Maurice Blanchot denominó *désœuvrement*, término difícilmente traducible pero con frecuencia vertido por “desobra” o, como se ha hecho más recientemente, por “inoperancia”. Aquello que en la obra se retira de la obra designaba emblemáticamente en Blanchot la inoperancia de la literatura. En Nancy, este mismo movimiento, esta retirada de la obra en la obra, designa *además* la inoperancia de la comunidad. Ya se trate de obra literaria o de obra política, lo que se encuentra impugnado por “la inoperancia que habita las obras” es el deseo mismo de hacer *obra*, esto es, la voluntad de producir y realizar un sentido.

Tanto para Blanchot como para Nancy, el debate inaugurado en los '80 en torno a todas estas cuestiones implicó una profunda reconsideración del vínculo entre “literatura” y “comunidad” a la luz de una exigencia política concreta que fue la de ambas, pero que ya venía de muy atrás y en consecuencia los excedía. Me refiero a la “exigencia comunista” tal como llega hasta nosotros a partir de Marx, o al menos de un cierto espíritu de Marx,⁵ y de los trabajos de un puñado de escritores ligados directa o indirectamente al comunismo pero no satisfechos con las derivas

totalitarias de los comunismos de Estado. Recuerdo al pasar, y dejando de lado todo comentario sobre ellos o sus obras, a Walter Benjamin y Georges Bataille entre otros reconocidos exponentes de esta tradición.

Pero ¿se trata verdaderamente de una tradición? No es seguro. En todo caso, si hubiera que agruparlos bajo un nombre u otorgarles una identidad común que viniera a dar cuenta de su compromiso singular y heterodoxo con un cierto marxismo, creo que la mejor denominación sería aquella acuñada por Derrida para referirse *en general* a quienes, marxistas o no, se niegan a renunciar a la herencia de Marx: estos son los llamados *cripto-*, *seudo-* o *para-marxistas* (64).⁶

En el pensamiento de Nancy, uno de los nombres bajo los cuales esta exigencia se hizo presente fue el de “comunismo literario”. Con esta expresión, que por entonces él mismo juzgó provocativa, Nancy buscaba, por un lado, rendir homenaje al voto emancipatorio que durante una época de nuestra historia comportaron y compartieron el comunismo y la literatura, y por otro, llamar la atención de aquellos que decepcionados por los comunismos reales sentían a pesar de todo la necesidad de articular un pensamiento más justo de la comunidad a sabiendas de que dicha articulación ya no podía ni debía prescindir de la literatura.

En el momento en que Nancy lanzaba esta cuestión era plenamente consciente de la posible equivocación a la que se prestaba una expresión semejante. Sabía que hablar de “comunismo literario” podía conducir con demasiada facilidad a reanudar un mito conocido y siempre latente: “el mito de la comunidad literaria” (tal y como se hizo presente en el romanticismo alemán pero también, aunque de forma atenuada, en algunos círculos artísticos y literarios de procedencia comunista).⁷ Pero justamente no se trataba de reanudar un mito sino de interrumpirlo. En eso consiste, enteramente, el comunismo literario (o escriturario), “en el gesto inaugural, que cada obra retoma, que cada texto retraza: llegar al límite, dejarlo aparecer como tal, interrumpir el mito.” (1986-1990a 118). El límite, que es siempre el límite del otro, es lo que se deja o se hace desaparecer en las comunidades implosionadas por el mito de la inmanencia absoluta, ya se trate de la comunidad del “capitalismo comunista” o de aquella del “comunismo capitalista”. Más acá o más allá de estas comunidades, Marx había pensado una comunidad definida antes bien por la relación entre individuos social y humanamente emancipados que por la inmanencia del ser absoluto o sin relación. Es, pues, en el sentido exigente de la comunidad vislumbrada por Marx que Nancy se proponía pensar la comunidad del comunismo literario.

Si a pesar de todas las indicaciones aportadas por Nancy el “comunismo literario” resulta tan difícil de definir es, en principio, porque él mismo no define *algo*, “no define ni *una* política, ni *una* escritura”, sino que “remite en cambio a lo que resiste a la definición y al programa, sean ya políticos, ya estéticos, ya filosóficos” (136). Lo que Nancy presenta como “comunismo literario” participa de un régimen de pensamiento sin horizontes de ningún tipo, sin previsión, sin dirección. De ahí que no se deje definir y mucho menos identificar con un proyecto. Es, apenas, una agitación o un gesto, una exigencia real y apremiante que nos convoca, cada vez, singular y pluralmente, a todos/as y a cada uno/a. Ni más ni menos. El resto se conoce por aproximación: “El ‘comunismo literario’ por lo menos indica esto: que la comunidad, en su infinita resistencia a todo lo que quiere acabarla (en todos los sentidos de la palabra), significa una exigencia política irreprimible, y que esta exigencia política exige a su vez algo de la ‘literatura’: a saber, la inscripción de nuestra resistencia infinita”. (136).

“El comunismo literario”: si cabe retomar la expresión a pesar de su evidente inconveniencia y de los años transcurridos desde su primera aparición en un texto de Jean-Luc Nancy es porque algo de ella, creo, todavía nos interpela y nos confronta con ella misma y entre nosotros. Algo de ella resiste en y entre nosotros. Como si aquello que esta expresión promete acerca de nuestra existencia en común fuera irreductible a los fracasos estrepitosos de los que participaron tantas generaciones de comunistas y escritores. Como si el porvenir mismo, por indeterminado que sea y deba seguir siendo, dependiera ante todo de nuestra capacidad para mantener con vida esta exigencia política y lo que a su vez ella exige de la literatura. Retomar esta expresión no implica restaurar un relato político retrospectivo ni prospectivo, sino más bien, y simplemente, reafirmar la posibilidad del ser *en* común y nuestra resistencia infinita al ser común.

40 41

Notas

¹ Nombre de uno de los ensayos que componen su libro más conocido, *La Communauté désœuvrée*, publicado por primera vez en 1986 y concebido como una suerte de respuesta al libro de Maurice Blanchot, *La Communauté inavouable* (1983), con el que éste intentaba a su vez responder a un artículo publicado por Nancy en la primavera de 1983 en la revista *Aléa* bajo el mismo título que luego daría nombre a su libro: “La Communauté désœuvrée”. Sobre este cruce textual y sus implicaciones teórico-prácticas, véase Nancy, 2002.

² Sobre el mito nazi de la *Volksgemeinschaft*, véase: Lacoue-Labarthe y Nancy, 2002.

³ “es eso el mito, es la poeticidad de lo político y la politicidad de lo poético —fundación y ficción—, en tanto que estén —lo poético y lo político— comprendidos en el espacio de pensamiento del mito” (Nancy 1986-1990a 101).

⁴ Aunque aquí no sea posible desarrollar esta cuestión, quisiera recordar que Nancy hace explícita su toma partido por un cierto pensamiento a propósito de la literatura, un pensamiento para el cual la literatura en tanto trazo que interrumpe o que suspende es siempre y necesariamente “escritura” o “archi-escritura”, en el sentido preciso que Jacques Derrida imprimió a estas palabras en *De la gramatología*.

⁵ Sobre los múltiples espíritus de Marx y sobre la heterogeneidad radical de la herencia marxista, véase Derrida, 1995.

⁶ El hecho de que Derrida reserve *en particular* esta denominación para todos aquellos dispuestos a responder de un marxismo por venir o de un “nuevo marxismo”, uno “que no tenga ya el aspecto bajo el cual era habitual identificarlo y derrotarlo” (64), este hecho no compromete en nada el uso que pretendo darle aquí desde el momento en que los “marxismos” de Benjamin, Bataille, Blanchot, Nancy y Derrida entre otros, sin ser nuevos, continúan siendo cada uno a su manera la afirmación y la promesa de algo todavía desconocido para nosotros, y en cuanto tal, un acontecimiento por venir.

⁷ Pocos años después de introducir el sintagma “comunismo literario”,

Nancy renunciaba a él en razón del “equivoco” al que su uso había dado lugar, y aclaraba: “no se trata de una comunidad letrada” (1986–1990a 157). Este hecho puntual no hace más que confirmar la tesis de Blanchot que leemos en las primeras páginas de *La Communauté inavouable*: “Comunismo, comunidad: tales términos son ciertamente términos, en la medida en que la historia, los desengaños grandiosos de la historia, nos los hacen conocer sobre un fondo de desastre que va más allá de la ruina. No existe tal cosa como conceptos deshonorados o traicionados, sino conceptos que no son ‘convenientes’ sin su propio-impropio *abandono* (que no es una simple negación), he aquí lo que no nos permite rechazarlos o recusarlos tranquilamente. Queramos lo que queramos, estamos ligados a ellos precisamente por su defección.” (10).

Bibliografía

- BATAILLE, G. (1957) *La littérature et le mal*. Paris: Gallimard, 2007.
- BLANCHOT, M. *La Communauté inavouable*. Paris: Minuit, 1983.
- DERRIDA, J. (1995) *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta, 2003. Traducción al español de J. M. Alarcón y C. de Peretti.
- LACOUÉ-LABARTHE, P. y J.-L. NANCY (1991) *El mito nazi*. Barcelona: Anthropos, 2002. Traducción al castellano y epílogo de J. C. Moreno Romo.
- NANCY, J.-L. (1986–1990a) *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile: LOM Ediciones/Universidad ARCIS, 2000. Traducción al español de J.M. Garrido Wainer.
- (1986–1990b) *La Communauté désœuvrée*. Paris: Christian Bourgois, 2004.
- (2002) *La comunidad enfrentada*. Buenos Aires: La Cebra, 2007. Traducción al español de J.M. Garrido Wainer.

Alvaro, Daniel

“Mito. Literatura. Comunidad”, en: *El hilo de la fábula*, Revista anual del Centro de Estudios Comparados, N° Once. Santa Fe, Argentina, edicionesUNL, 2011, pp. 35-42.